

LEONARDO GUZMÁN

EVOCACION DE LA PERSONALIDAD DEL PROFESOR LUCAS SIERRA MENDOZA

LA SOCIEDAD Chilena de Historia de la Medicina me ha honrado al solicitarme que me empeñe en exteriorizar la manera de ser íntima, o sea, el espíritu de este hombre extraordinario, cuya vida puede compararse a un manantial que vierte, sin descanso, agua cristalina, invitando a ser bebida para impregnar, vitalizar y purificar el cuerpo y la mente de quienes desean beneficiarse de ella. Tal hombre fue el profesor Lucas Sierra Mendoza. Nació en Maquehua, Florida, provincia de Concepción, el 9 de diciembre de 1866 y llegó a ser el cirujano chileno más eminente, pues ha dejado tras de sí una herencia que ha enriquecido la mentalidad médica y la técnica quirúrgica de muchos colegas que aún nos honran.

En ese pueblo era Jefe de la Estación de los FF. cc. del Estado su padre, don Wenceslao, quien para ayudarse a formar sus 10 hijos, explotaba una parcela pequeña. Ascendió a Jefe de Estación en Talcahuano, lo que lo indujo a matricular en el Seminario Conciliar de Concepción, el año 1877, a su hijo mayor, nuestro profesor, quien llegó allí con el privilegio de saber leer, lo que le había enseñado su tía doña Felisa Sierra. Del Seminario pasó al Colegio Andrés Bello. En ambos establecimientos obtuvo siempre el primer premio de su clase. Sus parientes dicen que era conversador, chispeante y bromista durante algunos momentos de cada día. Pero que su ocupación preferida era la de leer, con un anhelo de instrucción y una curiosidad que no le daba reposo. Trasladado su padre a Jefe de FF. cc. en Talca, adquirió el predio agrícola que aún conserva la familia, y que en homenaje al profesor Sierra fue llamado "La Cruz Roja", después que ésta se informó que los propios compañeros de la Escuela de Medicina pedían para él la medalla de oro de final de año. Bachiller en Humanidades en 1883, se vino a Santiago para matricularse en la Escuela. Naturalmente que tuvo que sufrir estrecheces, pues le era imposible a su padre proveerlo de dinero. Nos recordaba que en un libro de Sir James Paget encontró una frase que dice que "al que tiene un ideal le basta comer pan y beber agua". De allí que al matricularse en la Escuela de Medicina en 1883 y se revelara como un alumno de gran calidad en lo espiritual, cultural e

inclinación al trabajo, se le recomendara al Rector del Instituto Nacional, don Manuel Amunátegui, para que le diese un empleo remunerado. Como en el Seminario había estudiado latín durante dos años, logrando el premio del curso, se le designó Profesor de Gramática. Demostró también gran inclinación por la Geografía. Viajaba con su imaginación observando mapas y un "globo terráqueo" hasta hacerse experto en esa disciplina, sin alejarse de sus estudios médicos. Le entregaron también esta cátedra que enseñó con la claridad y la precisión que usó en todos los actos de su vida. Aún más, en Medicina realizó la proeza de hacer dos años en uno al final de 1887 y comienzos del 88, año en que se graduó como médico. El profesor don Manuel Barros Borgoño —este hombre extraordinario que puso en práctica en el Hospital de los Matte durante el curso de la guerra del 79 los procedimientos antisépticos— había sabido calibrar las capacidades múltiples de Sierra y le designa en 1889 su Ayudante Primero, para hacerlo Jefe de Clínica en 1896, después de un viaje de Sierra que duró 4 años, lo que le había permitido trabajar durante períodos relativamente largos en muchas clínicas europeas.

Aun hasta avanzada edad el profesor Sierra recordaba con cariño a compañeros suyos que se fueron a provincias. Parece que el preferido fue el doctor Enrique Deformes, de Valparaíso, pues lo citaba con mucha frecuencia en nuestras clases. No olvido que un día nos presentó a una enferma con várices rotas y sangrantes. Preguntó al alumno a quien había bajado para que la examinara y diera su opinión sobre qué haría si en vez de ser una hemorragia relativamente escasa fuese muy abundante, y si esto ocurriera en la vía pública o en cualquier recinto que no fuera un hospital. Mi condiscípulo contestó que debía aplicarse el torniquete en la raíz del muslo. "No, señor, exclamó Sierra. Haga lo que hizo Enrique Deformes, en la bajada que está al lado del Hospital San Juan de Dios de Valparaíso, cuando encontró en lipotimia a una mujer con abundante hemorragia emanada de las várices. Sin temor al qué dirán —porque el cirujano no debe nunca respetarlo cuando se trata de defender una vida—, comenzó por acostarla en el suelo y levantarle la pierna en forma vertical con el pie en alto".

En Ovalle tenía otro amigo favorito: el doctor Antonio Tirado. Ensalzaba su juicio clínico y su capacidad y adaptabilidad para trabajar en forma admirable en un ambiente que no era el más apropiado para poder desarrollar la vida médica en forma cabal.

Enamorado de la libertad, nos contaba que la matanza de Lo Cañas, las crueldades ordenadas por el Ministro Domingo Godoy en Concepción y el asesinato injustificado del señor Ricardo Cumming, en Valparaíso, lo movieron a entrar en el ejército revolucionario del 91 que comandó el gran general, de pequeña estatura, de recio carácter, que fue Del Canto. Este le tomó tal cariño que cuando se batió con el general Boonen Rivera allá en los deslindes con la Argentina, le pidió que lo acompañara como cirujano. En buena hora, porque Del Canto se había propuesto destrozarle la mano al general Boonen. Así ocurrió. Pero la bala, redonda y rebotante de

aquellos años, además de pegarle en la mano chocó con la pistola y fue a dar, con su fuerza de penetración disminuida, en la frente de Boonen Rivera. Eso lo aturdió. Sierra y el profesor Eduardo Moore, que era el cirujano de Boonen, lo recogieron, lo pusieron boca abajo y en las rodillas de los dos, lo trasladaron hasta el Hospital de Los Andes, en donde le extrajeron el proyectil.

En 1892 el gobierno del Presidente don Jorge Montt envió a Europa al profesor Sierra junto con los doctores Alejandro del Río, Otto Philippi, Eduardo Moore y Roberto Montt Saavedra.

La primera visita que hicieron en París fue a *Luis Pasteur*, el que sin haber sido médico, llegó a ser el más grande médico de la Humanidad por las derivaciones de sus trascendentales descubrimientos. Confesaba el profesor Sierra que desde muchacho lo habían seducido seis grandes hombres: *Pasteur* (1822-1895), que dio medios de curación sin mutilaciones, lo que constituye la aspiración suprema de la Medicina; *Ambrosio Paré*, que transformó la cirugía violenta y cruel de sus años (1510-1590) en otra con menos sufrimientos. Aplicaba sobre las superficies cruentas, la que hasta hace pocos años se llamaba en el campo la *bilma*, compuesta de yema de huevo bien batida, con esencia de rosas, extracto de opio, gotas de trementina y almidón; había hecho renacer las ligaduras desaparecidas desde los tiempos de Celsius, ideó el masaje y las piernas y ojos artificiales; afirmó que las moscas eran transportadoras de enfermedades; *Harvey*, quien dio sentido o codificación, por decirlo así, a las funciones orgánicas, al iluminarlas con el resultado de sus investigaciones que lo hicieron publicar *De Motus Cordis* el año 1626, con lo que volvió al mundo el recuerdo de *Scrvetus*, quien ya en 1553 escribió en "Restitutius Christianismus", la pequeña circulación, lo que le atrajo el odio de los dogmas y la muerte a que lo condenó Calvino. Y al lado de ellos estaba la figura de *John Hunter*, quien levantó un pilar más del edificio de la ciencia con sus trabajos de anatomía que ahora podemos ver en Londres en un museo que no tiene similar por su riqueza, en cuanto al número de preparaciones hechas por él mismo y en cuanto a la ideación que movió sus manos privilegiadas; *Jenner* (1796) después, quien actuó cuando Hunter le dijo "por qué no pruebas en lugar de seguir experimentando"; y *Lister* más tarde, quien al aprovechar los descubrimientos de Pasteur, permitió que la cirugía pudiese progresar en la forma que todos nosotros conocemos.

La visita que hicieron a Pasteur el día que llegaron a París, les dio oportunidad para recibir una invitación que permitió a los profesores chilenos contemplar emocionados el momento en que Pasteur, apoyándose en el brazo del Presidente Sadi Carnot, llegó al Anfiteatro grande la Sorbona y recibió el abrazo que en nombre del mundo agradecido le dio Lister, cuya actuación sobresaliente es de todos conocida (leer "Lord Lister" por Dr. Guillermo Chateau, 1963).

Permaneció Sierra el 92 y parte del 93 en París, de modo que trabó amistad y ocupaba sus días en las clínicas de la época. Admirador de Delbet, a quien consideraba con razón Maestro de eminentes condiciones, nos

repetía en clases, cuando fui su alumno y aun antes de serlo oficialmente, pues el que escribe concurría para prepararse mejor, desde que era alumno del tercer año, a sus lecciones. Impresionaban su aspecto, su entusiasmo, sus afirmaciones, sus dudas, sus resoluciones. Repetía una frase del eminente Delbet: "Hoy día opera todo el mundo; cuando el enfermo no se muere, se asegura que ha sanado, lo que no siempre es cierto". Nos agregaba que Delbet era un artista, cuyas normas resumía diciendo "cada cirujano debía empeñarse en no ser un artesano que realiza actos que algunas veces son burdos, sino que un *artífice*, para lo cual en el curso de cada operación es necesario darse cuenta de si la hemos iniciado después de un buen diagnóstico en primer término, y si podremos terminarla con éxito, lo que exige que se conozca bien el terreno anatómico y se tenga concepto claro del cuadro patológico".

Naturalmente que visitó los otros hospitales franceses y trabó amistad con Le Dentu, ayudante de Delbet; Samuel Pozzi, que dio a la ginecología francesa el brillo que mantuvieron encendido en su nombre Jean Louis Faure; Eduardo Quenu; Octavio Terrillon, que ya en 1883 esterilizaba los instrumentos haciéndolos hervir o quemándolos o poniéndolos en autoclave; así también hervía las sábanas y delantales necesarios. Fue amigo de Jean Louis Faure; de Antonin Gosset, y no dejó de visitar la lejana clínica en que trabajaba Thierry de Martel, quien fue uno de los primeros que hizo cirugía nerviosa. Hombre delicado, a quien conocí mucho, que en 1940, cuando sintió que las botas empapadas en sangre del nazismo desfilaban bajo el Arco de Triunfo, se pegó un tiro porque no pudo sufrir tanto dolor y tan profunda deshonra.

Después de este año de 1893 ocupadísimo en París, salió a viajar. Encontró que el ambiente se hacía irrespirable en Francia. Quedaba el oleaje tempestuoso que habían dejado el escándalo de las cruces de la Legión de Honor en que había intervenido el yerno de un presidente de la República, y el de Panamá, que hizo morir de pena a Lesseps, el financista y promotor y constructor del Canal de Suez.

Tengo en mis manos la libreta en que llevaba su diario de viaje, en la que estampa su asombro por las actividades del puerto de Hamburgo en donde llegó aun a copiar las estadísticas del movimiento de barcos y de los capitales en actividad. Con orgullo se dio cuenta de que Chile ocupaba el cuarto lugar en el número de veleros y vapores que llegaban al puerto tan bien organizado que era Hamburgo, que hoy se ha aun modernizado más. Naturalmente visitó el mejor hospital (Eppendorfer Krankenhaus), cuya sala de operaciones estaba muy bien instalada, de manera que permitía al cirujano poner en ejercicio su capacidad y aun su audacia. Vio extirpar un cáncer uterino y los parametrios por vía sacra después del sacrificio de este hueso y del coxix, lo que daba un ancho campo para actuar, pero criticaba que la enferma tenía que estar en una posición muy penosa y desagradable, de tal manera que no sólo le daban cloroformo como anestésico sino que también le inyectaban morfina en las articulaciones vecinas, más glicerina

yodoformada, en parte para evitar infecciones. Terminaban la intervención—expresión que no le gustaba al profesor Sierra, pues no precisaba la idea de operación quirúrgica, por lo cual protestaba siempre que nosotros la pronunciábamos en clase— con un amplio y apretado taponamiento con gasa yodoformada¹. Vio esa tarde otras operaciones y empezó su peregrinación en el mes de julio después de la celebración del 14. Lo acompañaron un doctor Rubira, ecuatoriano, y el doctor Daniel Acuña Cuitiño que también estaba en comisión del gobierno chileno para asistir a un Congreso Internacional. Recorrieron los valles y colinas hermosos que pasan por Namur, Lieja, Aquisgrán o Aix-la Chapelle y Colonia. Se detuvieron allí un momento para observar con la emoción que a todos nos produce, la hermosa catedral tan vecina al Rhin. Ya en las primeras páginas de su cuaderno de viaje que los muestra, no sólo nos habla de los monumentos y hospitales que visita, sino que también de los campos bien cultivados que atraviesa, la calidad de sus chacras y sus siembras, “a pesar de que el suelo es delgado, como dicen nuestros huasos”. Nos dice que de vez en cuando ve piños de animales, nunca tan numerosos como en Chile, pero siempre apacibles como son los vacunos cuando se hallan en un potrero. En Francia dice que no encontró a nadie que conociese a Chile, pero en el departamento del coche de segunda en que viajaba, ya improvisó algunas relaciones que le permitieron saber que nos estimaban. Describe muy bien, volviendo a Hamburgo, la Rathhaus o Municipalidad, que era imponente antes de que Hitler obligara a los americanos y a los ingleses a destruirlo para poder sobrevivir ellos y permitir que la libertad nos diera ambiente vital. Se asombra —y esto a Uds. provocará sorpresa— de que en las iglesias alemanas haya imágenes de San Miguel, de San Pedro, de Santa Catalina y otras más, pues él creía que en tales iglesias se había suprimido, después de la Reforma Luterana, esta devoción por individuos que no corresponde, según el profesor Sierra, al prístino cristianismo que quiso derribar aquello que podría ligarlo al paganismo del pasado. Le gustaba asistir en Hamburgo a los conciertos militares acompañados de fuegos artificiales, espectáculos que se celebraban con frecuencia. Allí aprovechó para bailar y conocer algunas alemanitas sumamente agradables, que no se pintaban tanto como las francesas, pero que parecían interesarse por el hombre más que ellas. Como se encontraban en el mes de agosto y hacía calor, bebía riquísima cerveza, sentado con las alemanas y con familias que aun lo invitaban a visitar sus casas, lo que nunca había logrado en París. Fue a Altona, un poco al norte de Hamburgo, y cuando se ponía a meditar, observaba con profundo agrado que no había encontrado ningún mendigo, a nadie harapiento, lo que después notó que contrastaba con lo que vio en Venecia, en Nápoles y otros pueblos italianos cuando visitó este último país. Pasó a Kiel usando en la travesía tres horas en medio de grandes bosques, naturales algunos, artificiales otros. Envidiaba estas leyes alemanas que obligan a la replantación de los árboles, y recuerda con pena que

¹Al profesor Sierra no le agradaba el uso del yodoformo, al que daba el nombre de “*Perfume Patchouli* de los cirujanos”.

Yo lo usé y lo encontré utilísimo en úlceras cancerosas, antes del nacimiento de los antibióticos (Dom Agk, 1932).

allá en Itata, donde él había pasado varios meses de su juventud, dejaban con tranquilidad que mortificaran a los quillayes, extrayéndoles en la corteza, acto cruel que los hace morir. Recordaba también que el norte de Chile había sido boscoso en tiempos de la Colonia y que ahora aun Coquimbo ya empezaba a entregarse al desierto. Ensalzaba la resistencia de los puentes que él había atravesado en Europa y recordaba que durante 5 años consecutivos el río Claro había destruido puentes ferroviarios y carreteros, lo que había hecho perderse vidas, líneas ferroviarias y locomotoras entre Concepción y San Rosendo. "Qué grosero error se comete al hacer las cosas provisionarias, basándose en el dicho de que el peor enemigo de lo bueno es lo mejor. Yo creo más bien que lo barato cuesta caro, y la prueba la ha dado la solidez de la línea ferroviaria de Santiago a Valparaíso, resistente porque fue extendida en forma definitiva con buenos elementos", escribe Sierra en su diario.

Luego continúa: "En París encontré diputados y hombres públicos, pero no los vi preocuparse ni siquiera de la política francesa. Lo que mejor sabían era la hora de salida de las modelos de los grandes costureros. Pero yo vine a trabajar en Europa para perfeccionar esta profesión que tanto quiero, de manera que no intenté hacerlos meditar sobre estas cosas".

De Kiel pasó ya a Copenhague, atravesando por Kørsør, donde vio por primera vez los ferryboats, con gran asombro y con la sorpresa de que los carros de ferrocarril ya tenían luz eléctrica. En este tipo de vapores había de todas maneras salas de baile y allí encontró danesas, que él llama "preciosas y atrayentes". Notó aun este hombre que se preocupaba del detalle, que no tenían perforado el lóbulo de las orejas, pero que lucían unos hombros y unos bustos que daban la impresión de vitalidad y que despertaban un sentimiento que ahora llamaríamos de "sex-appeal". Estuvo en Copenhague. Da cuenta del número de habitantes que había en él, del monto de su comercio, de sus numerosos parques de hayas, árboles hermosísimos e impresionantes. Conquistó algunas amigas y con ellas atravesó canales, caminó por jardines, bailó en más de algún café, gozando de la gracia y coquetería que él encontraba muy fina al compararla con la actitud de mujeres de otras naciones. Era Sierra todo un hombre, y como tenía gran cultura, como era alegre para conversar, ingenioso para demostrar lo que había ido observando, no hay duda que muchas lo preferían y tal vez lo halagaron con más de algún festejo íntimo. Se daba tiempo para todo y hacía notar que en los museos zoológicos de Copenhague había al lado de cada especie animal, un pequeño mapamundi en porcelana o en lata, en el cual se llama la atención, con colores resaltantes, sobre los países de donde proviene. (Buena manera de aprender zoología y recordar geografía). El Tívoli de Copenhague lo atrajo más de una noche por sus conciertos, por sus fuegos artificiales, por sus posibilidades de bailar y por la evocación que le provocaba el paso de las góndolas cuyo destino él quería saber.

Cuando uno escuchaba a Sierra impetuoso en la clase, aparentemente orgulloso en la calle y se le oía discutir en las Sociedades Médicas y en la de Cirugía, se le juzgaba intratable. Pero, si se lograba su amistad, aparecía su

afabilidad extraordinaria. No lo comprendían los de nivel diferente al de su espíritu amplio, culto, ágil y elevado. Eso fue la raíz de ciertas malevolencias.

Visita museos, bibliotecas y se sonríe un poco cuando recuerda que los apellidos Anderson, Dahl y Jensen son tan frecuentes como los González, los Gómez y los Pérez de Chile.

En Suecia, a donde pasó después de Copenhague, se quedó un día en Malmo. Allí tuvo la molestia de una revisión muy cuidadosa en la Aduana, pero dice que valía la pena de ese que él llama "vejamen", para encontrar pronto en ese pueblo un edificio municipal y unas escuelas que dan prestigio a la civilización. Visita unas horas a Lund para ir a gozar después de la belleza impresionante de Estocolmo y de Upsala.

Como era cuidadoso, planeaba sus viajes haciéndolos de noche por aquellas regiones que pensaba cruzar de vuelta de día, de tal manera que podía observar los lagos y fiordos. En vapores y trenes entablaba conversación con los que iban en su vecindad: funcionarios públicos, estudiantes, misioneros de diversas religiones, y a través de ellos refrescaba sus recuerdos de historia y ampliaba sus conocimientos.

No le faltaban minutos para poder anotar aun los tipos de árboles que dominan fuera de los pinos: las betulas albas, una especie de álamo de madera muy dura que se exportaba principalmente a Inglaterra y a Australia. El verdadero álamo lo buscaban para la industria del fósforo, lo que también han hecho en Chile.

Estocolmo le encanta, tanto más cuando notó que a una niña de nombre Anita la había aprisionado un "béguin" o capricho muy propicio y encantador para el profesor Sierra. Sin embargo, se daba tiempo para visitar a cirujanos como Berg. Verlo trabajar, y un día encontrarlo en traje de baño en las playas de un fiord, sacudiéndose después de haber nadado largo rato, resultó con cierta comicidad. El que más reía con este encuentro casual era el propio Berg, quien había conseguido para él, y se lo dijo en plena playa, la posibilidad de visitar el Palacio en que habían vivido Gustavo Adolfo y Carlos XII, la casa del químico Berzelius y la de Linneo, además del gran monumento en el que se encuentran los citados más Gustavo III y Gustavo Vasa.

Viaja a Finlandia, visita Helsingfors (ahora Helsinki); después de haberse deleitado con los paisajes que presentan las islas "coquetas y pobladas por gallardos bosques y por mujeres atrayentes", contrajo algunas amistades y se entendía con los finlandeses a través de un inglés que vivía en Burdeos. Charlaban, bromeaban y reían, "pues para ello estábamos siempre dispuestos". Encontró un finlandés que había estado en Chile, quien lo llevó a visitar monumentos, entre ellos el del fundador, en 1640, de una de las Universidades. Su nombre era Per Brahe. Estuvo en un viejo castillo de la ciudad de Abo, que había sido la capital en otros tiempos de Finlandia y donde vivía un dictador, a propósito de lo cual agrega "que tenía calabozos semejantes a los castillos que uno ve en el San Angelo que los Papas tenían en Roma y que fue teatro de crímenes miserables, cometidos bajo la influencia de violentas pasiones humanas no dignas de los representantes de Dios en

la tierra...!!!??. Fue presentado a un finlandés que lo llevó a su casa, en donde encontró un grupo de muchachas "lo que hizo recrear el oído, pues sus canciones eran de la más suave y armoniosa (sic) cadencia. Este pueblo vive inspirado por su amor a la poesía y a la música, a través de las cuales expresa todos los aspectos de la tristeza, lo que hace llevadero este clima duro y las dificultades y pobreza del trabajo de todos sus habitantes. Los tiempos en que en otros pueblos se hablaba de poseídos del diablo y se vivía en medio de supercherías crueles, bárbaras y brutales, aquí se recurría al canto para expulsar los demonios y devolver la tranquilidad a las pseudovíctimas. Esto se aviene con la lengua que es muy rica y tal vez más suave que el italiano".

En estos párrafos que he copiado de su libreta, se muestra la intimidad tierna, romántica, comprensiva, capaz de aperebir las bellezas de los paisajes y los sentimientos de la raza humana. Sin duda que una hermosa finlandesa, cuyo apellido está consignado en sus apuntes, debe haberse dado cuenta de aquello, pues lo invitó con mucha frecuencia. Parece haber sufrido cuando salió para Petersburgo. Naturalmente nos habla de que aún los hospitales pequeños que encontró en la capital de Finlandia eran modelos de pulcritud y brindaban comodidades "que envidiamos de veras, pues son atendidos con abnegación por señoras de buena sociedad. Nos sorprendió ver empleadas en los bancos. Nos agradó encontrar establecimientos donados por los millonarios, en donde se daba asilo a los ancianos incapaces de ganar la vida. ¡Qué daría yo para que algo semejante ocurriera en Chile!", exclama.

El 19 de agosto del 93, según el calendario nuestro, salió para San Petersburgo —en donde encontró fecha diferente: 20 de julio, porque así lo habían determinado los calendarios de los czares. Muy chileno, el profesor Sierra dice: "Esta es una ciudad que nos recuerda el dicho nuestro de que se trata de un roto disfrazado de caballero, con un sombrero de pelo encasquetado en una cabeza recién lavada, pero que más abajo y en su ropa interior sólo muestra descuido y miseria. Es muy sucia y la gente tiene aspecto pobre, pálido y triste".

Se extiende el profesor en reflexiones basadas en la historia de Rusia y nos indica todos los monumentos cubiertos de oro, de piedras duras y caras. De grandiosa apariencia, contruidos por esclavos que no comprendieron nunca a qué sacrificios se les sometía por la vanidad de sus gobernantes. Nos habla de los cocheros muy desaseados y que lo cubren todo con una capa grande y bajo la chistera que se sacaban cada vez que pasaban frente a una capilla. Fue a Moscú. Comprendió las ansiedades de Napoleón de hacerse dueño de ciudad tan hermosa e imponente "pero sembrada de adornos superfluos para que la gente paupérrima olvidara que la vida hay que hacerla en la tierra y se dedicara más bien a tratar de alcanzar una vida eterna, llena de fantásticas promesas".

De esto se desprende que el espíritu del profesor Sierra era libre y por eso mismo estaba autorizado moralmente para hacer estas críticas que correspondían a su educación positivista.

Estaba allá cuando supo lo del "Baltimore"² y aprovechó para "conversar de Chile con médicos y amigos" con quienes se entendía o en inglés o en francés, y comentar entre otras cosas lo que él llama textualmente *las bribonadas* del "Baltimore" y recordar la fracasada intervención y las pretensiones de Blaine³. "Cuando un oficial finlandés me escuchó todo esto, quedó sorprendido y agradado, pues nunca había oído hablar de este país. Aún más, le hablaría a sus alumnos de nuestra historia y se preocuparía de ella".

Pasó nuevamente varios días en Helsingfors, en donde una de las señoras que lo había conocido a bordo cuando viajaban hacia Petersburgo y que había quedado prendada de él, lo agasajó de íntima manera. Siguió a Noruega. La conoció bien, desde todo punto de vista, y en cada pueblo que visitaba buscaba los hospitales y empleaba en ellos la mañana. Hizo varias excursiones, pero notó que los fondos se le iban acabando, tanto a él como al Dr. Daniel Acuña, hombre graciosísimo, que cuando tuvieron que ir contando los pesos para poder sobrevivir antes de regresar a París, recordaba los proverbios de Sancho Panza y decires españoles, dejándolos grabados en las mesas de restaurantes pobres. He aquí uno de ellos:

*aprended, flores, de mi
lo que va de ayer a hoy*

Les fue difícil encontrar dónde alojarse porque todo estaba por encima de sus presupuestos, lo que los dos, Sierra y Acuña, afrontaban con muy buen humor. Don Lucas, que se había hecho mandar el dinero a Hamburgo, partió sin su amigo para Londres en agosto de ese año. Lo conoció rápidamente, y estrechó su amistad con médicos y profesores de otras disciplinas, conversando sobre los hermosos caballos rusos, pues él sabía bien que los británicos son deportivos y aman especialmente a los caballos y a los perros. Esto pone de relieve su comprensión psicológica.

En Inglaterra se dio el gusto de ver las últimas operaciones que practicaba Lister. Fue a Glasgow sólo para conocerlo y visitar a William Macewen. Se puso en contacto con James Paget, de Londres. En Leeds trabajó 6 meses con Lord Moynihan, gran cirujano, orador extraordinario, escritor atrayente, que mejoró la cirugía gástrica. Trabajó con Treves; con P. J. Fryer, creador de nueva técnica para la prostectomía. Escuchó las conferencias de Hutchinson, el cirujano tan extraordinariamente útil para los que alguna vez ejercimos como médicos cirujanos generales; su tríada de síntomas de sífilis hereditaria nos facilitaba el diagnóstico y un buen tratamiento, que impresionaba a los pacientes. Vio operar a Víctor Horsley, que fue el primero

²Incidente diplomático entre EE. UU. y Chile derivado de riñas marineras en Valparaíso.

³James G. Blaine, Secretario de Estado del Presidente Harrison, quien quería im-

ponernos su voluntad para que elaboráramos un desventajoso tratado de paz con los países que habíamos derrotado en heroica guerra (1879-1884).

que abrió la médula espinal en 1888, pues era de una gran valentía y capacidad quirúrgica. Después de pasar más de un año en Londres y de haber aprendido mucho, le volvió la necesidad de viajar. Claro está que desde Londres había escrito largo y en detalle a su familia como lo había hecho desde cada pueblo que visitaba. Anotó las diferencias de la manera de ser del inglés en relación con los del continente. Como nada era ajeno a su curiosidad, lo que revela capacidad e inteligencia, se preocupa hasta de la organización de los clubes, de los juegos bursátiles y de la cantidad de prejuicios que hay dentro de la mente inglesa. Bien aprovechado el año 1893, el 94 se va al Oriente. Quería almorzar debajo de los sicomoros coposos. Conocer los restos de la civilización extraordinaria del viejo Egipto. Callejea por El Cairo. Entra a más de alguna casa fabulosamente adornada de tejidos y alfombras riquísimas; se sorprende y sonríe ante la obesidad de los servidores, que eran eunucos, y de la obesidad también de la que fuera la primera preferida, que se desempeñaba como la inspectora de las muchachas de los serrallos. Hace un viaje sacrificado por Ismalía y llega a Puerto Said. Recuerda las glorias y las penurias de Lesseps. Anota datos técnicos sobre el Canal de Suez y sobre la larga historia que precedió a las fiestas de inauguración que se celebraron a mediados de 1869. Se va después a Tierra Santa, pasando por Haifa. "Nuestros deseos tanto tiempo acariados, en una época abandonados como irrealizables, y más tarde considerados como posibles, iban por fin a tener su más cumplida solución. Caminábamos para estudiar de cerca la cuna del hombre que tuvo el genio de idear una religión que ha trastornado y dominado una gran parte del mundo. Ibamos a presenciar ceremonias de innumerables religiones que de ella han tomado origen y que se disputan el honor de contar entre los suyos al DIVINO JESUS, al *Hombre Dios*. Veinte siglos nos separan de aquella época memorable; pero las intrigas de los unos, las miserias de los otros, la maldad de los más, han falseado hasta dejarla casi irrecognocible en su pureza. Qué importa si al fin quedan aún palpitantes algunos de los beneficios que ha prestado a la Humanidad y si es capaz todavía de ofrecer al desgraciado un refugio de salvación y consuelo en medio de sus desgracias, con la esperanza de una vida futura en la que serán eternamente felices, puesto que han de vivir en presencia de Dios mismo".

Este párrafo textual revela la intimidad inspirada, piadosa y comprensiva que yacía en el corazón de nuestro ilustre Maestro Sierra.

En el curso de su viaje incrementó sus conocimientos profesionales trabajando con denuedo cuatro años. De los mejores maestros de las más reputadas clínicas europeas obtuvo gran sabiduría técnica y "sagesse" amplia, plenas de ecuanimidad, de acuerdo con su independencia, sin encuadrarse en determinada escuela, lo que le permitió capacitarse para practicar su arte con la perfección con que lo hicieron Miguel Angel y Leonardo Da Vinci en las múltiples expresiones que del inspirado brotan. Estos manejaron el pincel, el lápiz, la pluma, el martillo, los cinceles, y realizaron obra grandiosa que perdura y perdurará mientras subsista un hombre civilizado.

Sierra ha sobrevivido porque poseía, y lo aprovechó, esta pluralidad espiritual.

Sierra no sólo vivía en el Pabellón quirúrgico; no sólo dio destreza a su mano, dirigida por su inteligencia, su preparación y su cúmulo de conocimientos. Vivía para imponerse de todos los aspectos de la vida humana, con la intención siempre de mejorarlos. De allí es que siendo como era, de convicciones laicas, él mirase también a la religión. Tuvo Sierra mucho de lo que otro gran médico ha tenido, médico de quien no se ha ocupado todavía nuestra Sociedad de Historia de la Medicina. Me refiero a Alberto Schweitzer, el teólogo, el filósofo, el tolerante, el músico, el que supo amar a todos los semejantes, el predicador de la paz, el con maleabilidad suficiente para mantener su Hospital en forma que no despertase encono frente a los prejuicios que los africanos tienen contra los blancos. Y todo ello, realizando obra práctica, palpable y visible.

Sierra como Schweitzer se colocaron en una empinada situación respecto de la mayoría de los hombres. Para la profesión nuestra es motivo de orgullo su calidad moral e intelectual y la aplicación tangible de sus encumbradas condiciones.

Para confirmar la razón de estas reflexiones, leamos al propio profesor Sierra en esa monografía titulada "Las Grandes Figuras de la Medicina hasta Pasteur y Lister", en que recuerda con admiración a cuantos formaron el pasado nuestro. Así podemos leer en la página 106 de la Revista Médica de 1917: "El que elija nuestra profesión como un medio de hacer dinero, es evidente que sufrirá en la inmensa mayoría de los casos un grave error... Es considerada como una profesión semifilantrópica...". Cita a Ossler, —el maestro a quien escuché una lección de despedida cuando salió de Baltimore para Inglaterra—, quien afirma que debemos prestar *desinteresadamente* nuestros servicios, a lo menos a la tercera parte de los que atendemos. "Qué satisfacción inmensa —comenta Sierra— nos procura su agradecimiento, y más que esto, la satisfacción de haber contribuido a salvar y conservar una vida más que útil, necesaria. El médico que quiera ser simplemente un *ganador de dinero* podrá en cualquier otro ramo de la actividad humana, y seguramente con menos sacrificios que los que nosotros nos imponemos, obtener crecidas remuneraciones. NOSOTROS EJERCEMOS UNA PROFESION, NO PRACTICAMOS UN NEGOCIO".

Por esto Gladstone y Disraeli, los grandes estadistas ingleses, decían que estaban convencidos de que mientras más civilizada sea una nación, mayor es la importancia que le dará a sus médicos, puesto que la suprema aspiración de un hombre de Estado, debe ser la salud. Bernardo O'Higgins que se interesó por la salud pública y que dictó en febrero de 1814 la obligación del médico "de asistir a todo enfermo que le llame a cualquier hora del día y de la noche", rindió homenaje a la Medicina en la proclama de abril de 1819, en que pedía el restablecimiento del Protomedicato para la salubridad pública "por el honor del país y por el crédito del Gobierno". En el oficio pertinente recomienda "que una determinación pomposa y solemne

rodee la recepción del médico, dando toda la decoración a un acto que debe mirarse con la mayor circunspección, porque nunca estará de más cualquier acto exterior respecto de un Tribunal que va a cuidar de los médicos que se preocupan de la conservación del individuo". Tanto era su respeto por nuestra profesión, que en febrero de 1814 se publicó en el "Monitor Araucano" una orden firmada por O'Higgins y por el Intendente de Santiago señor Echeverría, para que en todos los cuarteles y cuerpos de guardia hubiese siempre dos hombres dispuestos para acompañar al médico que lo solicitara, cuando iba a visitar a sus enfermos. Vuelvo a leer a Sierra (pág. 41 de la revista recién citada), "Encarándonos al pasado, asistiendo al nacimiento doloroso de algunas de las más trascendentales ideas que han conducido a la Medicina al rango de ser una Ciencia, comprenderemos mejor el porvenir y sabremos aportar el contingente que nos imponemos cada uno de nosotros al abrazar esta profesión. Veremos que la lucha por la verdad no es menospreciada que la batalla por la existencia misma, puesto que en ella se han mezclado lo mismo las pasiones bajas y mezquinas de la política, que el sectarismo y el odio religioso. De esta manera deduciremos nosotros la suprema lección de prudencia y entereza para alejarnos tanto de unos como de los otros y proseguir imperturbables en el camino del progreso, de las ciencias y del bienestar que ellas se proponen procurar a la Humanidad".

Menciona grandes médicos que han intervenido en política (pág. 109) tomados del *Doctor's as Men of Action* (British Medical Journal, septiembre de 1916). Pero agrega que sólo un buen médico, el capacitado para hacer observaciones completas, profundas y honestas y no el que tenga tendencias a la intriga, es el que puede dedicarse a la acción pública.

Sin descuidar lo que los laboratorios vayan creando día a día, o rectificando el pasado y abriendo nuevas rutas, subraya la necesidad de que el práctico mejore su capacidad de observación directa a través de la visión, de la interpretación del aspecto general del enfermo, de su actitud, su fisonomía, el color, la temperatura y naturaleza del cutis y de las mucosas, la palpación, la auscultación, pues los síntomas visibles, tangibles y palpables, enseñan cien veces más que todos los medios artificiales de la exploración más ingeniosa. La experiencia y la sagacidad son independientes de esos aparatos mecánicos y todavía más, amplían las posibilidades de la imaginación para llegar a un diagnóstico. Con frecuencia nos repetía lo que aparece también en sus escritos: *que el dolor y la enfermedad marcan el rumbo del ministerio del médico, ministerio que por honradez y justicia debe ser ejercitado sin distinción de raza, credo ni color.*

Parece que estuviéramos escuchando a Alberto Schweitzer. Qué lástima que no se hayan encontrado, porque ideas de esta calidad iluminada son las que crean, encadenan en continuidad y robustecen la tolerancia, la acción y la sabiduría.

Bases de toda acción médica son la anatomía y la fisiología: revisémoslas día a día para no estagnarnos "pues en el fondo el verdadero hombre de ciencia es y debe ser un revolucionario" (pág. 112). No olvidemos "que

la vida es una función de desarrollo —uno cambia pero no muere—, que nos viene a cada cual desde el pasado con innumerables diferencias genéticas acumuladas en el transcurso del tiempo y que pasará a nuestros descendientes con idéntica inestabilidad. Por eso es que al contemplar un enfermo no debemos ocuparnos (sólo) de las causales o factores inmediatos, sino que mirar (también)⁴ en forma seria el gran proceso secular de los antepasados para que así preservemos, tomando una responsabilidad que nos corresponde, la pureza de las razas y evitemos contratiempos”.

“El credo o la religión del médico moderno —y esto es una citación que hace de su profesor Treves— se basa en tres conceptos: *Fortiter*, *Fideliter*, *Feliciter*. El primero nos obliga a adquirir conocimientos para sentirnos siempre fuertes y capaces. Si no, viviremos en vacilaciones que no nos permitirán actuar. Así no tendremos que vivir de adivinanzas, sino que utilizar capacidad que justifique nuestro proceder. Pero esta preparación no debe restringirse a nuestros conocimientos profesionales. Debe ser amplia como ya lo hemos dicho”.

El profesor Sierra era un hombre fuerte. Por eso nos decía: “No temáis marchar de frente en la defensa ni de vuestros derechos ni de la verdad en conformidad a los principios de la ciencia y a los dictados de vuestra conciencia”. Esto explica la acción de Sierra durante el período de julio de 1931 cuando acompañó al actual presidente de la Academia de Medicina, profesor Larraguibel, y a uno de sus miembros, Dr. Sótero del Río, a pedirle a un jefe de gabinete dictatorial que nos devolviera la tradicional libertad que siempre los chilenos hemos llevado en el fondo de nuestro espíritu. Y esa fue la razón de haberse trasladado a Francia, en el curso de la guerra de 1914-1918, para trabajar en el Hospital dirigido por J. L. Faure, lo que le valió ser distinguido con la Cruz de la Legión de Honor. “El cariño a la profesión, transformada en un ideal —es útil en la vida marchar siempre tras un ideal—, os hará fuerte y completará las otras características ya citadas. Tened fe en la profesión. Así lograréis tener fe en vosotros mismos. Nos conforta, nos ilumina para realizar esfuerzos, nos honra porque nos permite renunciar al prestigio bullanguero de las masas y aun nos permite sacrificar alegremente la vida si ello es necesario. Esta fe también nos otorgará el milagro, la satisfacción de ver que algo que se consideraba un milagro (sic) puede llegar a concretarse y transformarse en ciencia”.

La segunda base, *Fideliter* o *Fidelidad*, debe ser el marco en que debe actuar el médico. “El enfermo ha puesto su fe en él y eso lo obliga al cumplimiento, aunque sea con sacrificios penosos, sin vacilaciones. Desgenettes contestó a Napoleón, todopoderoso allá en Egipto, cuando éste le propuso que se diera un buen narcótico a los débiles y rezagados: “Señor, soy compañero de ese modelo de abnegación llamado J. de Larrey, y por eso sólo puedo contestarle que *MON METIER A MOI, EST DE GUERIR*”. En esa frase había fuerza y fidelidad”.

⁴Las palabras entre paréntesis son del autor.

Pero el profesor Sierra no sólo era fiel a su profesión, sino que a su patria, a su familia⁶, a sus convicciones, a sus ayudantes, a los buenos estudiantes y a sus amigos. Era justo con todos ellos. Sus lecciones brillantes y prácticas a la vez, tenían mucho de lo que hoy se llama seminario, otras de symposium y algunas de coloquio. El personaje principal en sus clases era el enfermo. A su alrededor se celebraba esa especie de Academia. Se ponía al nivel de la mentalidad del enfermo. De la capacidad del estudiante para levantarlos y hacerlos gozar de los beneficios de su gran preparación. Cuando yo era su alumno, ya Sierra había visitado varias veces no sólo Europa sino que Estados Unidos, de manera que se encontraba en condiciones de transferirnos su sabiduría. Lo hacía con énfasis. Por momentos aparecía como airado, para inculcarnos mejor y dejarnos sin dudas respecto de lo que deseaba que aprendiésemos. Con su ímpetu vibrante, José García Tello sintetizó en el discurso pronunciado en el banquete de clausura de la Primera Jornada Clínica de Verano del Hospital de Viña del Mar, lo que el profesor Sierra llevaba en su intención cuando ejercía su cátedra: "Yo no vengo a la Clínica a demostrarles lo que yo sé. No vengo a que Uds. repitan lo que yo digo, sino a formarles su personalidad y a enseñarles a pensar con su propia cabeza. No interesan, señores, la técnica ni la divulgación clínica ni el arte quirúrgico como cosa decisiva: lo fundamental será siempre la vida del enfermo". Y luego nos decía con aquella majestuosidad de su figura esbelta: "Señores, es muy interesante saber lo que debemos hacer con el enfermo; pero mucho más importante es que aprendamos a saber lo que NO SE DEBE HACER".

Esta lealtad lo hacía feliz, pues el éxito de los que habían pasado por su clínica fue siempre su gran propósito. Alvaro Covarrubias, Alfonso Constant y antes que ellos don Marcos Donoso, le habían procurado la satisfacción de incorporarse a la Facultad. Tengo a mano la fotografía en que los que trabajábamos en su clínica, nos juntamos con él para celebrar a Constant el día que alcanzó el profesorado extraordinario.

Como era fuerte y fiel, destruyó prejuicios en el momento en que designó jefe de clínica a la doctora Eleanira González. Muchos protestaron; estos que habían olvidado la actuación profesional de Eloísa Díaz y Ernestina Pérez; esos que ignoraban que gracias a Elizabeth Blackwell, la primera médica que se graduó en el mundo (1821-1910, graduada en 1849) y había influido para crear con la doctora Clara Barton escuelas de enfermeras en Inglaterra y Estados Unidos. Ante la murmuración que se produjo, escribí

⁶En el fundo "La Cruz Roja" era consultado por muchos campesinos, quienes aun le llevaban animales con abscesos, úlceras, sarna, para que el gran cirujano los operara o aconsejara lo necesario. Y a propósito de esto hay una anécdota muy simpática que es del caso recordar. Cuenta el Dr. Rigoberto Iglesias, hoy Director competente del Instituto de Medicina Ex-

perimental, que cuando él llegó a la hermosa Cobquecura, le hablaron los vecinos de que había estado de visita "un gran profesor", pero que ellos se descorazonaron porque no entendía nada de *pasmos* ni *lipirias*, pues "al tiro quería meterles cuchillo". Refa el profesor de buenas ganas cuando supo la historieta.

un artículo en "El Mercurio" de Santiago para ensalzar al hombre capaz de confrontar protestas airadas, injustas y prejuiciadas.

Mientras yo ejercía en Antofagasta, mantuvimos correspondencia —que conservo— respecto de casos graves que le sometía a su consideración. Nunca dejó de contestarme y de darme el consejo apropiado, más sus palabras de estímulo que me honraron.

El Dr. García Tello de Viña del Mar, ha tenido la bondad de traernos copias fotostáticas de una carta del profesor Sierra, de marzo del año 24, en la que habla de la tendencia en uno u otro sentido de sus alumnos o de sus colegas. En esa época mi distinguido y leal amigo vivía asombrado porque algunos médicos sólo se preocupaban del individuo enfermo y no del hombre expuesto a estar enfermo, porque la sociedad no sabe protegerlo. Entre otras reflexiones, Sierra le dice: "desde que el mundo es mundo, han andado mano a mano las dos mitades de la humanidad que inmortalizó el divino Cervantes". Más abajo le dice: "Si no encuentra compañeros, piense que si no encuentra colaboradores para el trabajo social, aíslese. Y busque a los mejores compañeros que tenemos algunos hombres, que son los buenos libros, cuyo trato, diario y permanente, lo hará encontrar siempre algo superior que lo sepa comprender a su debido tiempo. Un viaje al extranjero lo reconfortará y dará nuevos bríos para continuar la batalla de la vida. Los años me van haciendo palpar la realidad abrumadora de nuestra pobreza social. No diviso el filántropo millonario a lo Rockefeller que pudiera emprender el saneamiento de este país".

Fiel y leal a sus convicciones republicanas, en 24 de julio de 1931, en compañía del Prof. A. Larraguibel, Presidente de la AMECH, del Dr. Sótero del Río, Secretario de la misma, y de don Oscar Dávila, representante del Cuerpo de Abogados, fue al Ministerio de lo Interior —después de una sesión de la Asociación Médica y en señal de protesta por el asesinato de Jaime Pinto Riesco— a pedirle que abdicara todo el Gobierno Dictatorial, para restablecer las libertades y el imperio de la Constitución y de las leyes propias de un país libre. Cuarenta y ocho horas después, el movimiento de liberación triunfó, y Sierra, con digna modestia, no aceptó cargo representativo en el nuevo Gobierno.

Cuando por insistencia del profesor don Alejandro del Río y de la AMECH acepté el cargo de Director General de Sanidad en 1933 —el que el profesor Sierra había desempeñado destinándole gran parte de su tiempo, pues era higienista de gran cepa, desde 1924 a 1927—, recordé las inquietudes del profesor y sus angustias. Más tarde, en 1939, en tal calidad de Director, fui a hablar con los jefes de la Fundación Rockefeller y me encontré con hombres tan comprensivos como Wilbur Sawyer y George Strode. Llevaba mis estadísticas sobre la alta mortalidad de los niños en su primer año de vida; las de tuberculosis; las de tifoidea, en las villas y pequeñas ciudades. Sin que intervinieran en absoluto ni el Gobierno ni la Embajada, los convencí de que nos prestasen su auxilio. Necesitaba formar buenos sanitarios para que trabajasen a tiempo completo, anhelo que había perseguido el profesor Sierra. Obtuve becas para Benjamín Viel, Hernán Urzúa y Hernán Romero

y otros colegas que ahora ocupan situación expectable en la Sanidad de la América del Sur. Convinimos en la creación de una Escuela de Salubridad y en la formación a lo menos de un Centro de Salud, y construcción de alcantarillado y de pozos sépticos en algunas localidades. Eso era una manera de servir al país y de recordar a Sierra.

Confieso que sin el recuerdo del Prof. Sierra, quien siempre nos hacía interesarnos por la salubridad pública, lo que el Prof. González Ginouvés resumió en el curso de un homenaje que se le rindió en la Fundación Lucas Sierra de Viña del Mar (ver volumen publicado por la Fundación, con motivo de las Jornadas Clínicas de Verano, enero de 1949, en Viña del Mar), yo no habría tomado tales iniciativas que tanto han contribuido a mejorar nuestro ambiente sanitario.

En cuanto a la *Felicidad*, "no hablemos sino que con respeto de esta "magnífica y santa cirugía. Amémosla como ella merece ser amada, porque "ella es verdaderamente grande y sublime inspiradora de trabajo, de energía moral, de bondad, de piedad para los débiles y los desgraciados. La "vida del cirujano es una hermosa vida. Y cuando llegue la hora de la "muerte, ninguno puede dormirse con más calma y tranquilidad que él en "el curso interminable de la noche suprema. Le basta oír la voz de su conciencia cuando le murmura a su alma apaciguada que ha hecho en este "mundo más bien que mal, y que en esta tierra de alegrías y de miserias "tuvo que ensangrentar sus manos, pero ello para aliviar los sufrimientos "que los dolores han causado".

Así lo pensó, lo realizó y para la posteridad lo escribió el profesor Sierra, en la regulación no sólo de su vida profesional, sino que también en la hogareña. Y en tal estado de ánimo lo vi morir, mientras los que lo rodeábamos nos hallábamos acongojados y moralmente maltrechos.

Cuando murió su padre a fines del siglo pasado, los cinco hermanos decidieron entregar el fundo "La Cruz Roja" a sus hermanas, renunciando a todo derecho. Sin embargo, cuando llegaba a visitar esas tierras que había recorrido a pie y a caballo, adolescente y adulto, era como si hubiese descendido Noel para golpear en cada una de las puertas de sus inquilinos, con regalos costosos y apropiados. Y respecto de sus hermanos y sobrinos, era el que se sentía movido por una inclinación que nunca lo perturbó, a entregarles su cariño, su afecto, su alegría y acertados obsequios. Me dice la hija de su hermana Blanca, señorita Eugenia Montero Sierra: "¡Oh! Qué alegría era la llegada del tío a la casa. Nos daba los mejores días del año con sus anécdotas, sus recuerdos, la chispa de su ingenio, los agrados que le procuraban sus alumnos". Encontró grandioso el homenaje que organizó Alvaro Covarrubias el año 1928 cuando cumplió 25 años de profesorado. En la Universidad, en el Club de la Unión, en su clase y sobre todo en el cerro San Cristóbal, lo rodeamos de tanto afecto, que yo presencié porque estaba allí, que parecía que él, con su aspecto enhiesto, con barba y bigote blancos, pero ojos que despedían y chispeaban juventud, era sólo un muchacho alegre, que quería disfrazarse de anciano. Y esto, porque nunca llegó a serlo.

Era tan joven a pesar de sus 71 años, que el año 1937⁶ se vino a Santiago el primer sábado de marzo, manejando su coche desde "La Cruz Roja" por los caminos de esa época, polvorientos y desagradables. Venía a cumplir el deber cívico de votar por sus principios, pues no le agradaba que los extremistas de izquierda pudiesen lograr un triunfo en Santiago. Sintió un vértigo. Entregó el volante a uno de los que lo acompañaban, pero al día siguiente se levantó temprano y fue a depositar su voto, lo que en mi concepto fue un trasunto de su triple capacidad de ser *fiel, fuerte y feliz*, además de un gran patriota.

Durante su enfermedad, pues empezó a guardar cama en la noche del domingo, nos decía que observáramos su caso: otra gran expresión de su manera de ser, su devoción de profesor y quizás un anhelo de que no se produjese solución de continuidad entre lo que él había enseñado y lo que habría de enseñarse en el futuro. Nos manifestaba que ya creía que había cumplido con las exigencias y gozado de los deleites de la vida, de manera que no necesitaba continuarla. No se le sometió a ningún sacrificio de punciones lumbares ni otras, pues nos imponía respeto, y no las habría aceptado. Una bronconeumonía lo agitó un tanto y se fue, siendo un Maestro, el 9 de abril de 1937.

Al finalizar su vida poseía condecoraciones de múltiples Sociedades Científicas de Europa, Norteamérica y chilenas. Estas últimas, porque fue él quien dio la idea de fundar la Asistencia Pública el año 12, la Sociedad de Cirugía en 1922, etc. Poseo un álbum con centenares de artículos de prensa que revelan el afecto y gratitud de la República por cuanto hizo en favor del bien general.

La personalidad de Sierra, que he estado tratando de perfilar, dejó tan honda y vívida impresión, que numerosos médicos de Valparaíso y de Viña del Mar se reunieron en el Hospital de esta última ciudad, declarando el 28 de julio de 1945: "Los asistentes, considerando que un deber de lealtad" y gratitud obliga a los hombres de corazón bien puesto a honrar a sus "muertos ilustres, que contribuyen a forjar la historia del país y que sirven" de orientación y guía a las generaciones futuras; que el profesor Lucas "Sierra fue una de las más grandes figuras de la Medicina nacional y uno" de los grandes rectores de la cirugía chilena. Haciendo justicia a su origen "modesto, a su vida de estudioso y trabajador infatigable, a su labor docente forjadora de toda una pléyade de médicos y cirujanos de la generación" actual, maestro de maestros. Por el sello capitoso que le supo imprimir a "su Cátedra, desarrollando el carácter y la propia personalidad de sus alumnos, que lo recuerdan con veneración y respeto. Y por lo tanto, por la" inmensa deuda que con él contrajeron, el país, la Facultad de Medicina "y los médicos chilenos, hemos decidido honrar su memoria echando las

⁶Su actuación durante el Curso de Cancerología (que yo organicé en 1936) fue expuesta en mi charla "Cuatro Cumbres de la Medicina Chilena: Sierra, Guerrero,

Izquierdo y Del Río". Su lección fue tan brillante como las de Trousseau, Dieulafoy y Sicard. (Ver Tomo I de Cáncer, publicado por Prof. L. Guzmán, 1936).

" bases de una Corporación que ha de servir de guía y de estímulo de las " generaciones médicas y paramédicas venideras, Corporación que denomi- " naremos FUNDACION LUCAS SIERRA DEL HOSPITAL DE VIÑA DEL MAR".

Noble decisión la de los colegas de Valparaíso la de plantar en hora oportuna, en la fértil tierra que él preparó con amor y esmero, este árbol magnífico de reconocimiento, el que ha crecido con pletórica salud y desarrollado un ramaje que nos procura protección, belleza, alegría y orgullo a la profesión médica de nuestra Patria. El Cuerpo Médico de Chile se la agradece.